

Los cruzados en el imaginario político israelí

Joseph Hodara

La indagación de un conjunto de hechos que se verificaron entre los siglos XII y XIV europeos –más claramente y en particular: el impulso de la cristiandad dirigido a conquistar el Santo Sepulcro de Jerusalén– y la gravitación de estas circunstancias en el discurso político e intelectual de Israel en los últimos años, se antojan a primera vista un irreverente anacronismo, cuando no un salto excesivo de la imaginación. Es cierto: notables diferencias geográficas, estructurales y circunstanciales vedan resueltamente cualquier afinidad entre estos dos hechos históricos. Sin embargo, las peripecias y la suerte de los cruzados no han cesado de preocupar a estudiosos y políticos árabes e israelíes cuando refieren la presencia del sionismo como ideología y de Israel como entidad política en el Medio Oriente.¹

En esta singular perspectiva, el cotejo entre la guerra santa cristiana contra el islam y la aparición de Israel en una ecología similar contiene “claves” y “lecciones” que anticiparían, por obra de un determinismo inexorable, la derrota final de un particular nacionalismo judío, de clara traza occidental, que se consolida a lo largo del siglo XX en las costas del Mediterráneo.

Examinar la formulación de una analogía histórica que alude al recorrido y a la suerte de los cruzados, de un lado, y su ascendiente en el imaginario israelí, del otro, es uno de los objetivos de este ensayo. Y el segundo: comprobar cómo este ejercicio fabulador entre lo que fue y lo que parece ser conlleva interrogantes directamente vinculadas con las presentes realidades de la sociedad israelí. Una vez más, la fantasía y lo tangible convergen enriqueciendo el quehacer metahistórico.

¹ Uno de los historiadores israelíes más distinguidos en este contexto es E. Sivan, con *Mitosim Politiim Arabim*, Tel Aviv: 1988.

DIGRESIÓN INDISPENSABLE

La proyección de un evento en otro, con fines comparativos, literarios o metafóricos, no es una conducta infrecuente en la labor historiográfica. Repárese, por ejemplo, en algunas figuras del lenguaje que multiplican sus referencias y significado a través de un empalme de episodios afines o evocadores que se consideraran pertinentes. Términos como “izquierda” y “derecha”, “quintacolumna”, “irredentismo”, “nuevo orden” e incluso “cruzada” se originaron en un particular contexto; y desde aquí se trasladaron para hospedarse en ulteriores narraciones con natural holgura. Naturalmente, cabe también identificar vocablos que usamos como moneda corriente sin conocer la estirpe que les concedió significado, como “crédito” (derivado de la oración Credo, promulgada por el Concilio de Nicea en el siglo IV), o el número 13 como gestor de infortunios (alude a la llegada tardía de Judas Iscariote a la Última Cena).

Sin embargo, no sólo sustantivos y adjetivaciones mudan escenarios reteniendo o borrando su origen. También estructuras y procesos que el historiador identifica y examina en un contorno histórico particular (el Imperio Romano) son referidos en otro (por ejemplo, el Imperio Británico) con el objetivo de establecer afinidades y discrepancias respecto de las causas del ascenso y del desplome de configuraciones imperiales, el estilo de expansión, los ensambles institucionales, el ascendiente que ejercieron, y asuntos conexos.²

Ciertamente, el uso de episodios históricos como soportes o evidencias de hechos que despuntan en otros contextos trastorna el rigor que la disciplina historiográfica demanda, al menos en algunas de sus visiones. Sin duda, no se ajusta al imperativo positivista rankiano conforme al cual hay que narrar los hechos “tal como fueron”, imperativo metodológico que obliga al historiador a armar un insoportable espejo respecto a la época que le interesa.³ Tampoco se apega prolijamente a la lógica de algunas versiones de la historiografía social que, aunque toleran la intrusión del presente en la interpretación del pasado, ponen acento en

² Cotejos de esta índole se encuentran en la obra clásica de E. Gibbon sobre el imperio romano, y en las indagaciones de P. Kennedy, por ejemplo en *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona: Plaza y Janes, 1989.

³ Véase G. Iggers, *L.V. Ranke and the Shaping of the Historical Discipline*, Nueva York: Syracuse University, 1990.

instituciones y estructuras con un ánimo de desciframiento de “lo que fue”, del “otro” y de “totalidad”, tareas que a menudo son apenas alcanzables.⁴

A mi juicio, la apelación a episodios, circunstancias y crónicas de un pasado específico como metáforas o analogías trasladables a otras situaciones y narraciones, con fines didácticos o polémicos, corresponde a las múltiples versiones del “post-modernismo histórico”, es decir, a miradas que ponen acento en la subjetividad inesquivable del historiador cuando procede a recordar y a enjuiciar desde el presente lo que identifica en el pasado.⁵

Sin adherirme resueltamente a esta postura historiográfica, opino que el significado que judíos y árabes dispensan a las Cruzadas respecto a la índole y al destino postrero del sionismo, incurre en “deconstrucciones” afines a esta tendencia, aunque el subjetivismo en el caso que se presenta es ostensiblemente anárquico y, sin disputa, interesado. Pienso que inclinaciones vigorosamente ideológicas y apologéticas inspiran a los intelectuales políticos que abordaron este asunto.⁶

Añado, como hipótesis de trabajo, que el traslado y el entrecruzamiento de textos históricos desiguales, con el propósito de sugerir afinidades y analogías, fluyen con superior facilidad cuando gravitan en el presente de los actores (intelectuales y cronistas) dos circunstancias: la polémica ideológica y el litigio político en torno a los dilemas que encaran son interpretados como particularmente agudos y dramáticos; y no existe una comunidad profesional de historiadores capaces de referir y censurar libremente la presunta legitimidad de los cotejos. O bien: esta comunidad se inclina a autocensurarse por obra de un espontáneo compromiso con las estructuras políticas dominantes.

Ciertamente, la validez de esta hipótesis debe corroborarse con el prolijo estudio de casos similares, como el examen de historiografías en las que algún etnocentrismo nacionalista o cultural desempeña un papel conspicuo, cuando no representa el hilo conductor de toda la narrativa. Rasgo que cabe encontrar en

⁴ Se alude a los “historiadores sociales” y a la Escuela Annales. Uno de sus representantes: F. Braudel, *Una lección de historia*, México: FCE, 1989.

⁵ Una amplia visión de los “posmodernismos” la ofrece M. Sarup, en *Post-structuralism and Post-modernism*, Georgia: The University of Georgia Press, 1993.

⁶ Las fuentes árabes y musulmanas son examinadas por E. Sivan, *op.cit.*

algunas “historias nacionales o de la patria” encaminadas a gestar o fortalecer la identidad colectiva.

LAS CRUZADAS COMO TEMA DE FABULACIÓN HISTÓRICA

Como adelanté, el asunto que aquí interesa alude a un caso de interpretación histórica en el que el trabajo inductivo que caracteriza al historiador profesional –la descripción y la interpretación de hechos verificables– es retomado y reelaborado por intelectuales políticos con un ánimo deductivo que fluye de intenciones ideológicas. Este género de narración, más cercana al mito que al logos, ejerce efectos reales en los sujetos y en las subjetividades que se despliegan en el presente. Si calan con hondura y sin resistencias, logran informar la conciencia pública y colectiva.

Con esta mirada haré referencia a hechos vinculados a las Cruzadas en los siglos XII y XIII y, en particular, a la conquista de Jerusalén y a la erección del Reino Latino, a algunos móviles y rasgos de este movimiento europeo de la cristiandad, y a la aplastante derrota que los cruzados padecen ante Saladino en la celebrada batalla de Hittin (1187). Estos episodios suscitaron encendidos comentarios –que no mesurada revisión– entre algunos políticos e intelectuales israelíes en las últimas décadas, personajes que ejercen significativo ascendiente en el imaginario colectivo. En parte, se trata de una respuesta a la exégesis histórica propuesta por cronistas árabes y musulmanes contemporáneos, animados por la voluntad de anticipar, con base en “evidencias históricas”, el colapso de Israel y del sionismo que lo legitima; sin embargo, las alusiones israelíes al tema dimanan también de fuentes y experiencias propias.⁷

Se recordará que las Cruzadas iniciaron en la Europa cristiana a partir de 1095, obedeciendo al afán de conquistar el Santo Sepulcro de Jerusalén, entonces en poder de “manos infieles”. En aquel contexto, Roma estimaba importante y vital recuperar el espacio donde habría transcurrido la vida terrenal de Jesús y, por esta vía, facilitar el peregrinaje de los devotos creyentes.⁸ Los impulsos que alentaron

⁷ Véase la instructiva entrevista a Ehud Barak, por B. Morris, en *New York Review of Books*, junio 2002.

⁸ Las referencias se basan en la narración clásica de S. Runciman, *Historia de las cruzadas*, Madrid: *Revista de Occidente*, 1954.

esta guerra religiosa –que apenas difiere de la propugnada como imperativo teológico por el islam desde sus orígenes hasta estos días– son variados. Entre estos factores, los historiadores subrayan ya sea un fundamentalismo mesiánico propiciado por el papado, en el marco de una atmósfera milenaria y apocalíptica, ya sean los intereses comerciales de las principales ciudades italianas en el Mediterráneo. Sus consecuencias fueron múltiples: alentó el tráfico y los intercambios culturales, encendió un debate sobre la legitimidad de la violencia militar auspiciada por Roma, y puso fin a la Tregua de Dios en Europa, con el consiguiente estallido de conflictos territoriales.

Los pormenores de las circunstancias apuntadas no son materia de este ensayo. Más bien concierne aquí esbozar cómo este episodio, en particular la presencia de un reino cristiano en acotadas porciones de la Palestina de entonces, así como su desgarramiento final, se han esbozado en la imaginación pública y en el debate ideológico de Israel.

Reitero que el asunto no es extraño a intelectuales e historiadores árabes y musulmanes de nuestro tiempo. En general, ellos hacen hincapié en que las Cruzadas representan el “primer intento imperialista” por parte de Occidente dirigido a conquistar y colonizar el universo musulmán. Así, las modalidades del imperialismo europeo en el siglo XIX guardarían afinidad con este precedente. Y al igual que las Cruzadas, estos empeños experimentarán inexorablemente “su Hittin”, es decir, un justo e irrefrenable descalabro. En este marco de referencia y juicio, el sionismo derivaría orgánicamente de las intenciones imperiales europeas y, merced a una lógica similar, le aguarda un estridente derrumbe, ya sea por la vía militar que árabes y musulmanes auspiciarían en momento oportuno, ya sea por obra de antagonismos internos insolubles. Conforme a esta premisa, un determinismo histórico condiciona ambos intentos de brutal conquista. El sionismo es una ideología, un puente entre el Occidente imperial y el movimiento nacionalista judío que se articuló en el siglo XIX. Éste alienta el cometido –entre otros propósitos– de “blasfemar” la tierra y los valores de los auténticos moradores del Oriente.

Claramente, este determinismo histórico acicatea el optimismo de las víctimas de este torpe imperialismo, por un lado, y deslegitima la presencia del invasor, por el otro. En otras palabras, la “entidad sionista” habrá de desgajarse tarde o

temprano; se reproducirá entonces el oscuro repliegue y la ruina de los cruzados. Confundidos por la inclemente derrota, los miembros judíos del extraño cuerpo que gestaron en el Medio Oriente habrán de encarar este dilema: aceptar nuevos términos de convivencia dictados por la autoridad árabe-musulmana legítima, o retornar a la cultura y a los países a los que en rigor pertenecen. Una reedición implacable de la justicia histórica que hace converger el pasado con el presente.

Esta postura aporta sustancia a la hipótesis que se sugirió más arriba: los caracteres fantásticos o fabuladores de un re-cuento historiográfico se presentan con holgura cuando intelectuales políticos, al encarar ásperos dilemas y conflictos, deben alumbrar mitos movilizadores a fin de modelar y activar la conciencia colectiva. La ausencia, la debilidad o las preferencias de historiadores profesionales en este entorno facilitan la creación y difusión de estos mitos.

DOS CONSTELACIONES EN EL IMAGINARIO ISRAELÍ

El trayecto y la suerte de los cruzados gravitan intensamente en la reflexión de los ideólogos del moderno nacionalismo judío. Distingo dos posturas: de un lado, aquellos que niegan cualquier afinidad entre las Cruzadas y los rasgos de la presencia sionista en el Medio Oriente, sosteniendo, en consecuencia, que no hay lugar para ningún cotejo –mucho menos para un nexo determinista– entre las dos configuraciones. Del otro, los que sostienen que, si no se satisfacen ciertas condiciones que es imperativo identificar en la epopeya cruzada, la suerte de la entidad política israelí no habrá de diferir del fallido intento cristiano-europeo de los siglos XI y XII.

Uno de los representantes de la primera actitud es David Ben Gurión, ideólogo sionista y primer gobernante del Israel soberano (1948). Desde su arribo a Palestina en 1906 no cesó de interesarse en las peripecias de los cruzados, las causas de la derrota que padecieron y el significado de estos episodios para la nacionalidad israelí en ciernes, entidad que pretende instituirse en una geografía similar. No se le escapaba a Ben Gurión que el Estado nacional en formación adoptaría, por su índole y vocación, rasgos conspicuamente occidentales y dependería durante largo tiempo de recursos demográficos y logísticos situados fuera del Medio Oriente. Procuró, por consiguiente, extraer lecciones de la experiencia

cruzada, para negar al cabo alguna afinidad con el presente israelí. Le atrajo, a la vez que impugnó, la analogía.

Ben Gurión captó con precisión la asimetría demográfica y territorial entre el Estado israelí y los países vecinos, hostiles a esta extraña presencia. Circunstancia que enciende la esperanza musulmana-árabe de que, en el largo plazo histórico o antes, Israel será borrado por factores similares a los que acarrearón la catástrofe de los cruzados.

Esta preocupación de figuras israelíes se tornó obsesiva a partir del conflicto armado de 1948, en el que Israel triunfó gracias a una singular constelación de circunstancias. Al preguntarse si ésta se repetiría, Ben Gurión evocó la memoria de las Cruzadas.⁹ En la medida en que la presencia israelí en la región, su poder militar y los apoyos internacionales en su favor se consoliden, sostuvo, esta referencia perderá lógica y relieve. Por añadidura, prescribió, la historia jamás se repite si sus protagonistas la internalizan y revelan así firme voluntad en soslayar cualquier determinismo formulado *ex ante*.

Varios argumentos conducen a Ben Gurión a reiterar que no hay asidero para sugerir analogía alguna. El primero: los cruzados jamás mostraron lazos íntimos y genuinos con Jerusalén, en contraste con el sionismo que encumbra a esta ciudad como capital política y como mito inspirador. La energía religiosa empujó a los cruzados sin que gravitase algún otro motivo. Así, no adoptaron ni esbozaron el compromiso de conquistar la tierra a través de la labor física, con el fin de vigorizar tanto la identificación emocional con ella como su material productividad. Ni procuraron alumbrar una coexistencia con los vecinos, ni enarbolaron la aspiración de que la región entera prosperase como resultado de un empeño mancomunado.

Segundo argumento: los cruzados tendieron a retornar a sus países de origen sin dificultad alguna y sin padecer sanciones (formales o informales) por parte de los que se asentaron en la Tierra Santa; el compromiso espiritual y personal con el Reino de Jerusalén fue condicionado y frágil. *Su hogar estaba en otra parte*. No es el caso de los emigrantes sionistas resueltos a habitar sin concesiones el espacio conquistado. Así las cosas, la relajada y efímera voluntad de los fieles a Roma al

⁹ Estas reflexiones aparecen en los diarios de Ben Gurión, que empezaron a publicarse en 1951.

domiciliarse en el Reino de Jerusalén se distancia sensiblemente de la irrenunciable estancia de los judíos en Israel.

Esta diferencia habrá de ampliarse, a juicio de Ben Gurión, si los inmigrantes y sus hijos protagonizan e internalizan una transformación casi ontológica en la esfera personal, además de la indispensable reestructuración institucional que el país requiere. Esta radical metamorfosis implica dejar atrás al judío diaspórico, desechar sus rasgos pusilánimes y pasivos, y renovarse física y espiritualmente a través del trabajo agrícola, el asentamiento demográfico en lugares inhóspitos, el conocimiento íntimo de la geografía y el entrenamiento militar. Así emergerá un “nuevo hombre hebreo”, distante del que se formara en el exilio. No es casual que algunos textos sionistas mencionen la invasión y la derrota de los amantes de la Cruz cuando exhortan a la juventud israelí a que conozca y explore prolijamente (se recomienda a pie, siguiendo las reflexiones que Rousseau elevara en su momento) todos los lugares del país. Esta conciencia geográfica habrá de contrastar –así se postula– con la ignorancia de los cruzados respecto a los lugares donde vivieron y lucharon.

En otros términos, el sionismo representa una doble revuelta: contra la diáspora judía y contra los países que estuvieron muy lejos de conceder igualdad de derechos a los judíos. Los cruzados, en contraste, tuvieron en la Europa pontificia y cristiana un hogar seguro. Al sionismo se llega como *la única* solución razonable después de que otras salidas (conversión religiosa, asimilación social, adhesión al socialismo internacional, formación de centros territoriales autónomos) decepcionaron. Si bien los judíos que viven fuera de Israel poseen actividades culturales propias y sostienen formas diversas de creación, siempre estarán sometidos, a juicio de Ben Gurión, a los caprichos de los regímenes bajo los cuales viven y a los que se ajustan pasivamente y con ánimo acomodaticio. Israel se ha transformado en el centro creativo y dinámico para los judíos diaspóricos. Es su póliza de seguro, la alternativa radical y fiable si restricciones u hostigamientos se reiteran. En contraste, los cruzados dependían económica e ideológicamente de la Europa cristiana: ella les concedía la identidad colectiva y una practible alternativa.

Para añadir fundamento a su postura, Ben Gurión extrae evidencias de la trágica historia de los judíos europeos en el curso del siglo xx. Recuerda que la inseguridad de éstos se tornó amplia e inclemente en países que asimilaron el odio ra-

cial y social al judío, actitud que asumió una perversa expresión en el Holocausto, acaso la prueba irrefutable y trágica de los postulados sionistas. En contraste, Israel ofrece un asentamiento seguro, equitativo y confiable a los judíos, y los riesgos que éstos asumen al asentarse en el país son tolerables pues el conflicto regional se resolverá en el mediano plazo.

Naturalmente, la reflexión historiosófica de Ben Gurión traduce enunciados fieles a su postura ideológica. Involucra, entre otras premisas, que en Israel se constituirá una sociedad mayoritariamente judía, que la vivencia judía en la diáspora es parcial y transitoria, y que el poder militar, económico y tecnológico del país habrá de respaldarse decididamente, y en un periodo razonable, en los recursos nacionales. Israel no será satélite de poder externo alguno.

Afirmaciones audaces, en mi opinión. La dependencia de Israel respecto a la diáspora y a Occidente fue y sigue siendo robusta en no pocos trayectos del historial sionista. Naturalmente, Israel se gestó merced a tenaces esfuerzos internos; sin embargo, su nacimiento se habría demorado sin la legitimidad concedida por la diplomacia occidental (Declaración Balfour, 1917), sin el sostén económico y moral de los judíos dispersos, y sin el juego diplomático –inteligente y audaz– protagonizado por las élites sionistas que atinaron en beneficiarse de las diferencias y de los entendimientos de los centros internacionales de poder. Y no es aventurado suponer que si el Holocausto no se hubiera verificado el resultado habría sido otro. Por ejemplo, la sociedad europea habría ilustrado que la supervivencia de los judíos y del judaísmo en una sociedad liberal y postindustrial es factible; el apoyo político a Israel por parte de los países que permitieron la masacre no se habría producido; ni Stalin habría resuelto facilitar armas al joven Estado especulando en qué se convertiría por virtud de la dialéctica, ya sea en un satélite más de la URSS, ya sea en una fuerza revolucionaria favorable a la expansión del comunismo en el Medio Oriente.

En rigor, Israel no puede prescindir de momento de la ayuda internacional y de una amplia dosis de comprensión y tolerancia en particular, cuando emprende agresivas acciones de autodefensa y cuando resuelve elevar –sin declaración explícita alguna– su vigor militar, incluso con artefactos no convencionales. Por añadidura, la negación de la vida diaspórica, como geografía, valores, y cultura, se ha moderado en Israel en el curso del tiempo. El debilitamiento del *ethos* etnocén-

trico y colectivista en favor de la apertura al otro no israelí y no-judío, así como la consolidación de derechos individuales en una sociedad posmaterialista, traen consigo una reevaluación de las diásporas. Ya no es censurable trasladarse a ellas por tiempos más o menos prolongados. Algo más de medio millón de israelíes migrantes dispersos en el orbe lo prueban, y quien abandona Israel ya no “des-ciende” pecaminosamente a otros países, como el lenguaje ideológico lo profesaba. Emigra, simplemente. Importante reformulación que Ben Gurión no pudo anticipar.

En cualquier caso, los enunciados de este personaje tienen asimismo valor parcial cuando se considera otra perspectiva. Los cruzados –al igual que los sionistas– estaban animados por una robusta fe, y muchos de ellos dejaron de pensar en un retorno a Europa. Cuando algunas figuras abandonaron el Oriente (como en el caso de Ricardo Corazón de León), la repatriación fue llana, particularmente si era causada por graves aprietos. Por añadidura, la geografía palestina no les fue extraña. Se asentaron en las costas de Yaffo y Acre por razones comerciales, conocían las fuentes de agua en la ciudad de Tiberíades, y fueron derrotados en Hittin porque los turcos los superaron en tácticas y fuerzas, no por ignorar los rumbos de la Galilea.

En cualquier caso, esta posición de Ben Gurión se vio enriquecida por los comentarios de su dilecto alumno y colaborador Shimon Peres, quien hasta el presente asume puestos clave en el gobierno israelí. Se recordará que, en los cincuenta, Ben Gurión y Peres pusieron las bases del potencial nuclear israelí, encarando la opinión hostil de propios y extraños. No es inverosímil suponer que esta iniciativa se inspiró en la visión de un mundo árabe en constante expansión demográfica y modernización, susceptible de poner en peligro el islote judío en la región.

Aparte de experimentado político, Peres es un intelectual inmerso en la literatura y la cultura: escribe poemas para el cajón, es orador impecable que enhebra locuciones muy celebradas por parte del público culto israelí. Prendas que lo distinguen del resto de los políticos y que explican los juicios contrapuestos –brillante para algunos, arrogante para otros– que su personalidad suscita.

Según Peres, el paralelismo entre la suerte de los cruzados que conquistaron y habitaron el Santo Sepulcro de Jerusalén y gestaron una entidad política cristia-

na en Palestina, de un lado, y la trayectoria de Israel, del otro, no tiene base alguna. Sus argumentos son más amplios y coherentes que los de Ben Gurión. Los apunto:

- Las Cruzadas fueron un movimiento religioso más que político. No aspiraron a una soberanía nacional ni a la colonización agrícola del país. Fueron aventureros sostenidos por hordas fanáticas y desorganizadas, impulsadas por vehemencias apocalípticas en algunos casos, y por apetitos de botín y beneficios fáciles en otros. No es el caso del sionismo, ideología secular –modelada sin embargo por motivaciones y lenguaje religiosos– que propicia un asentamiento ordenado en el Medio Oriente, sensible a los sacrificios y riesgos que esta intención trae consigo.
- Los cruzados concibieron la conquista de Tierra Santa en términos exclusivamente militares y religiosos, sin que adoptaran una estrategia de sobrevivencia y convivencia en el largo plazo. En contraste, el sionismo propició desde sus primeros pasos la adquisición a precio de mercado de las tierras que los propietarios árabes se inclinaron a vender, y aspiró a un desarrollo económico integrado, con aspiraciones de construir una sociedad justa. Acudió a las armas sólo cuando fue agredida por el entorno.
- Los cruzados fueron varones solteros que, sin opciones, debieron unirse a mujeres de la región apresurando el relajamiento de la fe cristiana. En contraste, el sionismo es un movimiento de familias inclinadas a preservar los valores de origen, es decir, la identidad individual y colectiva de los judíos, que excluye lazos íntimos con otros conglomerados.
- El número de los cruzados en Palestina jamás superó los cincuenta mil. Una minoría dispensable. No es el caso de Israel, que multiplica su presencia demográfica (cinco millones), constituyendo ya casi la mitad del pueblo judío en el mundo.
- Los cruzados dependían de recursos, ideas y directrices proporcionados por y desde Europa. Las largas líneas de abastecimiento resultaron caras y llevaron al cabo a la derrota. No es el caso de los emigrantes sionistas, que procuran atenuar cualquier dependencia estratégica y fomentan el intercambio comercial con los mercados mundiales.
- Las fuentes del poder han cambiado. En el contexto de las Cruzadas, la cantidad y la movilización de las masas resultaban importantes. Hoy son la tecnología y la calidad del poder militar los que determinan la viabilidad de las naciones.

Sin disputa, los argumentos de Peres tienen peso. La presencia israelí en el espacio árabe-musulmán ovilla rasgos, motivaciones y fuerzas absolutamente diferentes del asentamiento cruzado. No cabe un paralelismo literal. Sin embargo, cabe oponerle algunas objeciones.

La similitud geoestratégica entre los cruzados y los israelíes no es fácil de impugnar. La mirada en la geografía regional lo torna evidente. Ambos espacios estuvieron y están rodeados por poblaciones hostiles, que cultivan un credo antagónico. Y la multiplicación demográfica de éstas es más rápida que la de los judíos en Israel, incluso considerando el constante flujo migratorio. La demografía judía aumentó, pero también –y mucho más– la árabe y la musulmana. Algo más: Israel depende estratégicamente de Estados Unidos en importante medida. Y ciudadanos israelíes retornan a sus países de origen o emigran cuando las condiciones de vida o la inseguridad les resultan insoportables.

En suma, cabe ponderar con reservas los juicios de Peres considerando la postura ideológica y política que entraña resueltamente identificada con los postulados sionistas.

Cabe agregar que un deslinde cercano al propuesto por Peres pertenece a Luba Eliav, intelectual y político que impulsó múltiples empresas colonizadoras en Israel. Eliav parte de una premisa apenas original: la historia jamás se repite, con lo que refuta la filosofía de la historia de no pocos estudiosos árabes y musulmanes en torno a la inevitable repetición del pasado en el presente. Por lo tanto, la derrota de Hittin no es hoy relevante. Y si alguna analogía cabe, comenta Eliav, la probabilidad de que Israel sea extirpada al igual que los cruzados es lejana, merced al recurso nuclear. Por obra de la ostensible superioridad bélica israelí, el entorno árabe-musulmán deberá aceptar esta presencia irreversible. Si este giro no se verifica, un holocausto atómico será el destino de toda la región.

Como se constata, Eliav añade aquí un argumento sugerido por otros ideólogos: la hegemonía militar de Israel, reforzada por su poderío nuclear. Es pertinente reiterar que Ben Gurión, en los años cincuenta, sustentó su política en favor de este poderío con dos argumentos: la superioridad nuclear israelí obligaría a países hostiles a librar guerras limitadas, procurando evitar que Israel reaccione con el “síndrome de Sansón” (suicidio propio y muerte del agresor) cuando se vea amenazado por la aniquilación total. Y segundo: la diplomacia nuclear israelí sería

tolerada discretamente por el Occidente hegemónico (especialmente por Estados Unidos) debido a la insensibilidad que mostró en el Holocausto. Así las cosas, para evitar que nuevamente una masacre similar se produzca –y esta vez el colapso sería terminal–, Israel debe contar con un arsenal que la comunidad internacional debe aceptar con inconfesada medida. Por añadidura, la hegemonía militar israelí se sostendría con el apoyo –elocuente o circunspecto– de las grandes potencias, que confiarían en la “racionalidad” y equilibrio de los gobiernos israelíes en contraste, según Eliav, con la insensatez de los regímenes árabes y musulmanes respecto a la administración de las armas nucleares.

Eliav abre por esta vía un abanico de opciones: incluso si los países hostiles a Israel llegaran, por voluntad o descuido de las potencias, a un equilibrio militar no convencional, el “balance de terror” que así se establecería tendría un efecto estabilizador como ocurrió en la guerra fría librada por el Occidente liberal y la extinta URSS. Supuesto, a mi ver, algo aventurado, pues ni los tamaños respectivos de espacio y población ni la racionalidad de los regímenes dominantes permiten formular una doctrina de “second strike”, como de hecho se articuló en aquella circunstancia.

Adhiriéndose a los enunciados de Peres y Eliav, otros intelectuales subrayaron que los cruzados dependían, para satisfacer sus necesidades elementales, de agricultores musulmanes, extraños. No es el caso de Israel, que habría desarrollado una economía integrada propia. Además, el sionismo condujo a un Estado nacional soberano e internacionalmente reconocido, realizaciones que no alcanzaron los cruzados.

Estos argumentos no excluyen objeciones. Omiten, por ejemplo, que el nacionalismo es un producto de la edad moderna europea; en el siglo XII no existían estructuras cercanas al Estado-nación. Por lo tanto, los cruzados no pudieron aspirar a una soberanía política. Y en el caso israelí, es bien sabido que sus necesidades elementales en alimentos y energía son satisfechas considerablemente desde fuera, en la medida en que ingresa a una etapa postindustrial asentada en la constante innovación tecnológica de los servicios. Por añadidura, ramas productivas importantes como la agricultura y la construcción no podrían sostenerse sin el aporte de mano de obra extranjera que hoy llega a Israel legal y subrepticamente.

Llama la atención que no sólo intelectuales políticos sino historiadores profesionales, eruditos en el tema, incurrieron en este paralelismo, aunque con matices moderados. Ya se adelantó que este género de cotejos se producen cuando historiadores profesionales se adhieren voluntariamente a la ideología hegemónica.

Un erudito historiador de las cruzadas como Prawer, por ejemplo, subraya que la derrota de estas expediciones militares se debió a la ausencia de agricultores cristianos aferrados a la tierra.¹⁰ En contraste, el sionismo alentó las actividades productivas, la formación de una cultura propia y la convicción de que los judíos no pueden vivir en libertad en rincón alguno excepto en Israel. Añade Prawer que los francos constituían la sexta parte de la población del reino cruzado, en contraste con los judíos-israelíes, que son de momento mayoría. Gozan además de superioridad tecnológica. En la medida en que estas diferencias se preserven y robustezcan, concluye, el colapso de Israel será evitado.

Es oportuno añadir otros argumentos de este historiador que subrayan la desigualdad entre las dos situaciones: Israel es una sociedad democrática, que se sustenta en la voluntad mancomunada de los ciudadanos. La identidad nacional no es impuesta por una élite; converge desde todos los estratos. Además, la unidad de los judíos en Israel contrasta con las discrepancias internas de los cruzados. Éstos jamás calibraron los recursos y las limitaciones de la geografía. Se asentaron en la costa entre Ashkelon y Sidón (Israel y Líbano de hoy), absteniéndose de penetrar más al oriente, lejos del mar, y más allá de Jerusalén.

UNA POSTURA DIVERGENTE

Una actitud claramente desigual se encuentra en intelectuales alejados de la militancia política, quienes ponen en tela de juicio la calidad de las instituciones estatales israelíes y algunas configuraciones recientes de su sociedad.

Uno de ellos es Samuel Ussishkin, hijo de uno de los fundadores del sionismo político. En 1931 se refirió al tema. Sostuvo entonces que el Reino de Jerusalén prodiga lecciones que los sionistas deben absorber. Este autor, de formación jurídica, no propone un análisis exhaustivo. Sin embargo, señala en general

¹⁰ Véase J.Prawer, *The Latin Kingdom of Jerusalem*, Londres: 1972.

afinidades, junto con diferencias, que tienen el valor de precedentes: los cruzados eran cristianos, de raza aria y no semita; encararon dificultades semejantes a los israelíes cuando resolvieron levantar en Jerusalén y en la costa mediterránea un espacio autónomo, absolutamente distante de los vecinos, con otra cultura, religión y lenguaje, un núcleo desprendido de la Europa cristiana pero ligado íntimamente con ella. Las élites sionistas, propone Ussishkin, deben estudiar con esmero esta experiencia para eludir sus flaquezas.

En otras palabras, la validez de la analogía depende de que Israel evite los peligros que causaron el fracaso de los cruzados. ¿Cuáles fueron los errores de los cruzados, según Ussishkin?

No entendieron, primero, que el apoyo europeo sería circunstancial y breve. Cesó al poco tiempo de que llegaran al país. La Europa cristiana se abocó a otras cuestiones una vez evaporados el entusiasmo por la Cruz, la promesa de indulgencias y la Tregua de Dios que los papas decretaron. De aquí que la analogía con el Israel emergente no aplicaría si éste logra reducir cualquier dependencia externa nociva en términos estratégicos. Ciertamente, cabe exponer la pregunta de si la relación de Israel con Estados Unidos hoy supera o no los límites que Ussishkin imaginó en su momento.

Segundo, los francos no se preocuparon por el desequilibrio demográfico y espacial que les era adverso, ni procuraron una superioridad poblacional al menos en las zonas conquistadas. Constituyeron una minoría dominante sobre una gran masa de habitantes ligados por afinidad cultural y religiosa con poblaciones y áreas vecinas. De aquí que para eludir este riesgo Israel debería impedir cualquier desmesura espacial (por ejemplo, la concentración demográfica en la costa mediterránea) y oponer a la multiplicación demográfica de los moradores originales ventajas cualitativas, como la excelencia científica y tecnológica.

Tercero, Ussishkin puntualiza que los participantes en la primera Cruzada no supieron gestar vínculos solidarios con los que arribaron más tarde. Antagonismo que podría reproducirse en Israel si los nuevos emigrantes no coinciden culturalmente en asuntos básicos con la población veterana, y si no se perfecciona un pluralismo cultural interno sin desmedro de la unidad nacional y territorial.

Cuarto, los cruzados no atinaron en fomentar relaciones amistosas con los vecinos. Suscribieron con ellos acuerdos transitorios, a los que siguieron abiertas

hostilidades. De aquí que, si el conflicto militar entre Israel y el mundo árabe-musulmán se torna persistente o irremediable, habrán de agudizarse los conflictos endógenos –étnicos, religiosos, sociales– en la sociedad israelí, en torno a las actitudes que deben asumirse para atenuarlos.

Finalmente, Ussishkin recuerda que los casamientos mixtos y el clima tropical gestaron generaciones que desdibujaron la fisonomía original de los cruzados. Circunstancia que, trasladada y reproducida en el presente, podría llevar a una ruptura cultural y étnica dentro de la sociedad israelí, de un lado, y entre israelíes y judíos de la diáspora, por el otro.

Los argumentos de Ussishkin fueron recogidos por varios intelectuales e ideólogos israelíes que surgieron después de la gestación del Estado (1948), particularmente por Aarón Amir y Uri Avneri, así como por analistas sociales que hoy critican severamente el abandono del Estado de bienestar y la aceptación de prácticas capitalistas y liberales que “privatizan” el credo sionista. Aparte de crear y acentuar diferencias de clases y de regiones, este liberalismo, auspiciado en las últimas décadas por todos los gobiernos, arrastra efectos contraproducentes en la cohesión nacional, escenario que buena porción de los narradores sociales israelíes caracterizan hoy prolijamente y con sensible preocupación. En contraste con otros países, la pobreza difundida no es en Israel sólo un espinoso problema social; afecta también la seguridad nacional.

CODA

Las reflexiones sobre la analogía entre las Cruzadas y el asentamiento de Israel en el Medio Oriente abren cauce a graves preguntas que se manifiestan no sólo en el imaginario colectivo y en el tráfico de ideas sino en la áspera realidad. Algunas de estas cuestiones son:

- ¿Cuánto tiempo podrá la sociedad israelí respaldar una postura defensiva y beligerante con los vecinos? ¿Cómo y de dónde movilizará los ingentes recursos que precisa a fin de neutralizar el hostigamiento regional?
- ¿Qué debe hacer Israel si en verdad desea configurarse no sólo como un Estado *legal* y *diplomáticamente reconocido* sino también como una entidad *legítima* ideológica y regionalmente?

- En rigor, ¿aspira la sociedad israelí a una paz negociada? ¿O cualquier posibilidad de entendimiento es postergada, ya sea con el designio de soslayar la solución de espinosos antagonismos internos, ya sea para consolidar e incluso ampliar las posesiones territoriales con arreglo a presuntos mandatos metafísicos y bíblicos?
- ¿Cómo evitar la alta concentración demográfica y espacial en la costa mediterránea, particularmente en Tel Aviv y en poblados cercanos? Cabe indicar que mientras que se posterga la aplicación de una política regional, la emigración interna judía a estas zonas es imparable, en tanto que el incremento demográfico de los árabes israelíes representa el 20 por ciento de la población total. Si los gobiernos israelíes no dispensan plena igualdad de derechos a estos ciudadanos, no es inverosímil que violentas manifestaciones de descontento e, incluso, de secesión territorial e irredentismo habrán de suscitarse en el mediano plazo.
- Las filosas contradicciones que hoy caracterizan a la política militar y diplomática de Israel proyectan imágenes y resonancias hostiles en amplios sectores de la opinión pública internacional, circunstancia que ahonda, en no pocos casos, la agresión latente o activa en contra de las comunidades judías. Así, el antisionismo se conjuga con el antisemitismo. De aquí, una enfadosa interrogante: si se constriñe severamente la simpatía internacional a Israel y si las diásporas la reducen bajo impulsos autodefensivos, ¿en qué se sustentará la viabilidad nacional y pública de Israel?
- Finalmente, las diferencias internas por inclinación religiosa, etnias, clases y regiones multiplican los ejes de ruptura interna, amenaza que, de momento, la realidad y la mentalidad de sitio, amén de los golpes terroristas palestinos, ayudan a disimular. Si ambas circunstancias –la sensación de un genocidio inminente y la beligerante actitud palestina– tuvieran menor peso, los conflictos dentro de la sociedad israelí podrían llevar a dramáticas polarizaciones.

Al meditar sobre estos trazos del imaginario colectivo cabe extraer una reflexión de carácter general: las extrapolaciones históricas, más allá del rigor y de la verosimilitud que muestren al someterse a un prolijo examen, informan de nuevas realidades, “hacen historia” en el presente que las esboza. 